

za la imagen del Espíritu Santo. Por ello, el capítulo 5 («La evolución y el Espíritu Santo») recupera la teología de Basilio de Cesarea (siglo IV). «Contra quienes atribuyen al Espíritu Santo un lugar subordinado, Basilio señala que el Espíritu Santo es, de hecho, *precursor* de la venida de Cristo y está inextricablemente vinculado a la obra de éste» (p. 100). Desde esta perspectiva, el Espíritu Santo no sólo es el Dador de Vida en lo que hace a la santificación, sino también en lo referente a la obra de la creación. Siguiendo el hilo de Karl Rahner, Edwards recupera la noción de «auto-trascendencia activa», por la que «Dios se halla íntimamente presente en las criaturas en evolución, habilitándolas no sólo para *existir* de una manera estática, sino para también para *trascender* lo que ya son» (p. 109). Y concluye: «Dios no "interviene" como una causa más, sino que siempre está presente como el Ser absoluto y dinámico que no sólo faculta a las criaturas para existir, sino para trascenderse a sí mismas y devenir algo nuevo» (p. 109).

En el sexto y último capítulo («La evolución y Jesús, la Sabiduría de Dios») el autor trata de responder a la pregunta: «¿cómo hay que concebir el significado de Jesucristo dentro de un marco de referencia evolucionista?» (p. 122). Presenta los rasgos más significativos de tres cristologías evolucionistas: la de Teilhard de Chardin, la de Karl Rahner y la de Jürgen Moltmann, concluyendo con un resumen de significado sapiencial. El seguimiento de Cristo es una invitación a contribuir creativamente al incesante proceso de la evolución cultural impregnada por el amor. Ésta incluye a todos aquellos que, consciente o inconscientemente, contribuyen a la obra de fomentar la conciencia de que las criaturas del Dios que es trinidad de personas-en-amor-mutuo están emparentadas entre sí. De alguna manera, el ensayo de Edwards «invita a los seres humanos al cultivo de la conciencia ecológica, la empatía y la solidaridad con todas las

formas de vida que pueblan el planeta» (p. 151). Un ensayo esperanzador y lleno de sugerencias que hace reelaborar la imagen de Dios y teología de la creación desde otras categorías dinámicas y esperanzadas.—L. SEQUEIROS.

JAMMER, M., *Einstein and Religion* (Princeton University Press, New Jersey, 1999). 279 pp., ISBN 0-691-00699-7.

En los últimos cinco años son frecuentes los libros que afrontan las conflictivas relaciones entre los científicos y la religión, la ciencia y la teología, el pensamiento racional y la posibilidad de experiencias trascendentes. En este interesante debate no puede estar ausente la figura de Albert Einstein (1879-1955) judío religioso. Pero su experiencia religiosa judaica era heterodoxa, hasta el punto de que pidió no ser enterrado por el rito judío. Es ya un tópico citar la frase del genial descubridor de la teoría de la relatividad: «la ciencia sin religión está coja; la religión sin ciencia está ciega». Tuvo la osadía de apostar fuerte por la necesidad de un encuentro entre ciencia y religión en una época de fuerte positivismo. Max Jammer, profesor emérito de Física y rector de la Universidad de Bar-Ilan en Israel, recorre en un estilo directo aderezado de anécdotas el pensamiento y el sentimiento religioso de Einstein. Pero el autor ha indagado en los archivos de Einstein en la Biblioteca de la Universidad Nacional de Jerusalén y en la Biblioteca del Seminario Teológico Unitario de Nueva York.

El estudio se divide en tres grandes capítulos, referentes a los tres aspectos que pueden considerarse en la problemática de las relaciones entre Einstein y la religión: el capítulo primero se centra en la religiosidad de Einstein y el papel de la religión en su vida privada; el segundo capítulo aborda el complejo tema de la filosofía de la religión de Einstein; y el tercero se refiere a las implicaciones teológicas de la Física de Einstein. El autor distribuye la exten-

sa bibliografía en las notas a pie de página y concluye su trabajo con un excelente índice temático.—L. SEQUEIROS.

LACADENA, J.-R., *Fe y Biología* (Editorial PPC, Madrid, 2001). Colección Cruce, n.º 4, 129 pp., 22,5 × 11 cm.

Como muy bien expone el autor al comienzo del libro, su pretensión es clara: «Como científico creyente, y siguiendo la exhortación del Concilio Vaticano II, trataré de exponer a lo largo de este trabajo «con humildad y valor» como aconseja el Concilio cómo veo yo la relación entre Fe y Biología en los problemas fundamentales evolutivo y ontogénico del ser humano». Partiendo de la teoría de los tres estadios de Comte (teológico o religiosos, metafísico y científico o positivo), el profesor Lacadena propone un cuarto estadio que llama científico-religioso relacionado con las respuestas que el hombre de ciencia puede dar a las preguntas sobre su propia trascendencia. Tras unas reflexiones previas sobre la relación entre teología, magisterio y ciencia, el autor se plantea directamente las preguntas más importantes para el hombre de siempre: ¿de dónde venimos?, ¿adónde vamos?, ¿qué sentido tiene nuestra vida? Para intentar responderlas, el autor trata en primer lugar el tema del origen del universo distinguiendo, como buen científico creyente, entre ciencia y creencia. En este aspecto, se decanta por un modelo de universo en expansión ilimitada, haciendo referencia al llamado principio antrópico de Carreira según el cual las propiedades físicas iniciales del universo eran aquellas que conducían inexorablemente a la aparición de la vida inteligente. En segundo lugar, trata de los aspectos biológicos del origen evolutivo del hombre (hominización) y del desarrollo humano (humanización). Respecto a la hominización, considera qué ocurre cuando el hombre adquiere conciencia de sí mismo, con la capacidad de distinguir y poder optar entre el bien y el

mal, lo cual explicaría el significado del pecado original de manera congruente con el poligenismo. Respecto a la humanización, como en muchas de sus obras, establece perfectamente la cronología de los distintos procesos que ocurren desde la fecundación a la formación del feto, para terminar estudiando el problema de la individualización defendiendo, como en otras obras, que las dos propiedades requeridas para ella, la unicidad (ser único) y la unidad (ser uno solo), no quedan establecidas hasta terminada la anidación. En el último capítulo recoge someramente algunos de los problemas que actualmente se presentan en las relaciones entre Genética y Bioética. Dada su «doble naturaleza» de catedrático de Genética y especialista en Bioética, estamos ante uno de los autores más representativos en este campo, como lo demuestran sus múltiples publicaciones sobre el tema y, muy especialmente, el libro «Genética y Bioética» que él mismo publicó con posterioridad y del que el capítulo que estamos comentando puede considerarse como una pequeña introducción. Un último comentario: es muy de agradecer el glosario de términos científicos que aparece al final de la obra, ya que constituye una ayuda muy importante para los lectores que no estén habituados a su manejo.— E. GARCÍA PEREGRÍN.

PELAYO, FRANCISCO, *Ciencia y creencia en España durante el siglo XIX. La Paleontología en el debate sobre el darwinismo* (Cuadernos Galileo de Historia de la Ciencia, CSIC, Madrid, 1999), n.º 20, 380 pp. 18 × 11 cm.

El profesor Francisco Pelayo (investigador del CSIC de Valencia en el Instituto López Piñero) es un experto en las relaciones entre la ciencia y la religión en España referidas sobre todo a la Geología y a la Paleontología. Ya desde su tesis doctoral ha ahondado en los aspectos espinosos de las controversias entre las Ciencias de la Tierra y el catolicismo español y lati-